

MOTORISTAS

INDIA EN MOTO

DE GOKARNA A NEPAL



En India los atascos son tan densos que resultarían hilarantes si no fuera tu propia vida la que está en juego. Los camiones más grandes llevan un curioso cartel: All India permit. Tienen permiso para sembrar el terror por todo el país. Las carreteras son humor negro, pero las ciudades resultan puro sarcasmo. Es casi imposible atravesarlas. Un millón de pequeñas motos taponan cualquier aliviadero, resulta asombroso cómo conducen. Toda la familia viaja en la misma motocicleta. Tres, cuatro o hasta cinco miembros; ninguno lleva casco. ¿Para qué? Nada parece importar en un país donde la mortalidad viaria ha de ser más que escalofriante. Parece no preocuparles lo más mínimo. Esta gente sin duda cree en la reencarnación.

POR MIQUEL SILVESTRE

Garnaka es un pueblo sagrado, centro de peregrinación; aunque esto no lo convierte en algo realmente especial porque

en India de cada dos pueblos uno es sagrado y el otro casi. Lo que de verdad aquí vale la pena es la poco conocida playa de Om, uno de esos paraísos de postal con los cocoteros

al borde del agua y las puestas de sol más asombrosas.

El templo Chennakesava de Belur es rico, ornamentado, alto y magnífico. En la fachada no queda hueco libre

entre tanta escultura de fascinante detalle. Obra maestra del siglo XI, construido por el rey Vishnuvardhana para glorificar la victoria de la dinastía Hoysala sobre el enemigo Tamil. Se extiende ante nosotros una planicie de cocoteros y vacas sueltas. Algunos bueyes tiran de carros. Tienen unos largos cuernos pintados de colores. Hemos entrado en el estado de Tamil Nadu. Seguimos la línea costera. La playa es inmensa, plana y ancha.



CAMINO A CALCUTA

“Por favor, pensé al ver aquel voluminoso objeto en el asfalto, que sea una mierda de vaca y no una piedra”. Me

había despistado solo medio segundo pero a la velocidad que circulaba, no más de ochenta y cinco por hora, me resultaba imposible esquivarlo o fre-

nar. Tenía que pasar por encima. Si era un terrón de barro y guijarros o una roca, estaba acabado. Afortunadamente, era mierda.

Calcuta es enorme, la divide el río Hugli. Cruzo un largo puente y localizo un hotel barato. La comida arde. Protesto, el camarero que masca chile verde contesta que adora el picante. Lo dice con orgullo, como si fuera un signo de virilidad, como si eso lo hiciera diferente. ¿Diferente a quién? Todos aquí aman el picante.

RUMBO A NEPAL

Calcuta no se terminaba nunca y el atasco tampoco. Circulé durante muchos kilómetros por calles atestadas de tráfico, baches, camiones, bicicletas, personas, humo. Ese humo de basura quemada que invade la atmósfera haciéndola repulsiva. India es también eso. La dictadura de los olores; de los mejores perfumes, el incienso y la comida, se pasa al de los vertederos o las letrinas sin solu-





ción de continuidad. No hay un momento de descanso. En India huele siempre a algo, sea horrible o maravilloso.

Entonces me di cuenta, había salido de Calcuta hacía tiempo. Lo que yo tomaba por una calle atestada era en realidad la carretera. Lo que creía que era ciudad era despoblado. El despoblado más poblado del planeta. Me esperaban trescientos kilómetros de travesía luchando con conductores que la tomaban por autopista. Ni un solo tramo despejado, ni un solo segundo de relajación.

He visto que dos camiones iban directamente el uno contra el otro. La colisión era inevitable. Se oía el traqueteo que sus piezas de metal hacían al rodar sobre los baches a toda velocidad. En el último momento ambos han conseguido frenar y se han detenido a escasos centímetros uno del otro. He observado a los conductores respectivos esperando alguna reacción violenta, pero ni se han mirado. Han dado marcha atrás para maniobrar y seguir cada uno por su camino. Ni una pérdida

de tiempo en discutir o en reprochar. ¿Para qué?

Y entonces se hizo de noche y de la oscuridad nació el más inmenso embotellamiento de camiones que nunca haya visto. Intento encontrar hueco a pesar de mis anchas maletas. Ora por el arcén, ora entre ellos, ora por el borde de la carretera. Los últimos quince kilómetros son una ruleta rusa.

A sesenta kilómetros de la frontera sobrevuelo las irregularidades y adelanto a todo el mundo. Cuando consigo llegar a la linde son las tres de la tarde. He batido un récord: 300 kilómetros indios en siete horas. Me voy superando. El paso fronterizo es caótico, congestionado y ruidoso. Cruzo el puente, me recibe una gran puerta blanca con torres y cúpulas y estoy en Nepal. Siento un infinito alivio. He escapado con vida del terror de la India. Aborrezco ese tráfico pero no me quejo de la experiencia. Mañana estaré en Katmandú y veré el Himalaya. Solo por eso ha valido la pena. ✂

